CAPITULO IX.

GENEALOGÍA DE LAS FIESTAS RELIGIOSAS DE LA REVOLUCION.

Testimonios. — Obras de Boissy de Anglas. — Las fiestas deben establecerse segun el modelo de los Griegos y Romanos. — El francés participa de ambas naciones. — El Cristianismo debe ser desterrado de la religion republicana. — Fiestas de la Vendimia. — De la Paternidad. — Del Matrimonio. — De la Muerte. — Programa de Lequinio.

«Las fiestas de la Revolucion, como la mayor parte de las cosas de aquella época, son ideas reproducidas y tomadas de los Griegos y Romanos (1).»

Despues de haber leido lo que antecede, no sabemos si puede quedar alguna duda acerca de la verdad de este aserto; pero en todo caso tenemos un medio infalible de disiparla, y es hacer hablar á la misma Revolucion. Su lenguaje nos hará ver claramente si su constante fin fué ó no resucitar la antigüedad clásica, considerada por ella como tipo de la perfeccion.

En 1794, Boissy de Anglas dirige á la Convencion su famoso *Ensayo sobre las fiestas nacionales* (2), obra que llegó á ser la guia oficial de los fundadores de la nueva religion. Individuo eminente y moderado de la Convencion, de que algun dia fué animoso presidente, estableció con una sangre fria, que no quedó una sola vez desmenti-

(1) *Diccionario de la Conversacion*; art. *Fiestas*.
(2) 12 de Mesidor del año II, en 8.º

da, la necesidad de tomar por tipos de las fiestas revolucionarias las de la antigüedad pagana.

Principia diciendo que Robespierre, cuando hablaba del Ser Supremo al pueblo mas ilustrado del mundo, le recordaba á Orfeo enseñando á los hombres los principios de la civilizacion y de la moral. «Los *pueblos antiguos*, añade, cuya historia estudiamos *para iluminarnos* con los monumentos de su sabiduría, establecieron fiestas adecuadas á sus *costumbres naturales*..... Los Romanos, que tenian la guerra por oficio, y que nacieron conquistadores, como otros pueblos nacen agrícolas ó industriosos, tenian combates por espectáculos y luchas á muerte por pasatiempos. El gusto amable y delicado de los *Griegos* los inclinaba á los placeres del alma y del corazon, y al entusiasmo por los grandes talentos. Sus almas sensibles estaban abiertas siempre á todas las emociones capaces de enternecerlas y *depurarlas*; su imaginacion, desarrollada por la vista de los contrastes con que la naturaleza en su variedad habia embellecido sus climas, era rica, activa y movible, y debia reproducirse en todas sus instituciones.

»Ellos habian *creado una religion* brillante, en la que todo era activo y animado; ellos la habian compuesto con todos los dogmas que podian prometer y dar placer y felicidad; ellos la habian adornado con todas las ceremonias que hieren los sentidos para conmover el alma, con las ficciones mas risueñas y las mas suaves ilusiones. Sus instituciones políticas y religiosas, prestándose mutuo apoyo en vez de combatirse *como en las naciones modernas* (1), se encaminaban á un mismo fin y sabian alcanzarlo, formando hombres susceptibles de animarse con el amor á las cosas grandes, con la sensacion de los pla-

(1) Esto es honroso para el Cristianismo.

ceres amables, con el atractivo de la gloria, con la razon y *con los goces*.... Los bosques de Idalia eran el asilo del amor y del placer, así como el istmo de Corinto era el teatro del genio y de la gloria.

»La religion de los antiguos fué, pues, siempre política y nacional. Entre nosotros, por el contrario, nunca formó mas que un poder aislado y particular. Los espectáculos, bailes y otros placeres públicos eran objetos de escomuniones, como si no pudiera soportar nada la religion de cuanto debia desarrollar en el hombre *la conviccion de su dignidad y de sus fuerzas intelectuales* (1).»

La conclusion de esta teoría tan profunda y sobre todo *tan verdadera*, está reducida á declarar que la abolicion del Cristianismo es un acto de política sublime, y que «participando los franceses de la sangre griega y romana, era preciso instituir fiestas en que se reflejara el carácter de los pueblos del Atica y del Lacio.» Preciso es que el valor del Francés sea indestructible y que el odio á la tiranía figure entre sus mas amadas virtudes. Preciso es que tome la aptitud verdadera de que es digno, es decir, de *mediador del mundo*, y obtenga por medio del *imponente desarrollo de la fuerza*, la eleccion de árbitro del universo y regulador de los destinos del género humano. Por medio, pues, de vuestras fiestas le elevareis á tan alto rango (2).»

Esto por lo que dice al Romano.

Lo siguiente por lo tocante al Griego: «Vosotros no quereis formar un pueblo conquistador y belicoso: los Franceses llegarian pronto á serlo, si solo fueran guerreras vuestras fiestas; así que les opondreis el tan consolador contraste de las virtudes civiles y apacibles. La na-

(1) *Ensayo*, pág. 5.
(2) Id., pág. 6 y 7.

turaleza hizo al pueblo francés esencialmente agrícola, y vosotros honrais la agricultura. El *Atica celebraba las vendimias* y el Egipto las *siegas*: Baco y Ceres eran alternativamente festejados en las épocas en que sus ricos favores se distribuyen entre los hombres.

»Habrá *pues* (1) una fiesta pública para la *terminacion de las vendimias*, así como para la de las siegas, en cada municipalidad; el abandono y la igualdad serán sus únicos reguladores. Los instrumentos rústicos invitarán al baile á los jóvenes de ambos sexos; los ciudadanos se ejercitarán en la carrera, la lucha y otros ejercicios (2). Los ancianos y los padres de familia se referirán mutuamente sus antiguas proezas, *las maravillas de la Revolucion*, y los principales hechos de su historia.... Por medio de estas instituciones saludables el pueblo francés será alternativamente agrícola y guerrero, y dejará el arado para reunirse bajo las tiendas de campaña (3).»

Lo que antecede es romano y ateniense; lo que sigue es enteramente espartano. Boissy de Anglas instituye la *Fiesta de la Paternidad y del Matrimonio*; pero como verdadero espartano, escluye de ellas al frio celibato, «cuya presencia infundiria tibieza y molestia en las gratas espansiones que habrán de constituir su encanto (4).»

Pasando luego á la *Fiesta de la Muerte*, nos esplica las creencias de los republicanos acerca de la vida futura que, como vamos á ver, son inferiores á las de sus maestros los demócratas de la antigüedad (5).

«No dejaba, dice, de ser consoladora la certeza que

(1) La Grecia lo hizo, *luego* debeis hacerlo; la consecuencia no puede ser mas forzosa.
(2) Este es lenguaje puramente de Teócrito.
(3) *Ensayo*, pág. 9.
(4) Id., pág. 12.
(5) Me engaño; César profesaba la misma opinion que Boissy de Anglas, y no era solo.

los clérigos se atrevian á ofrecernos, de que se aliviaban los sufrimientos de los que habiamos amado, con oraciones y ceremonias, ó con la práctica continua de algunas virtudes; *pero todo ello era ilusion*. Yo no quiero fundar nuevos errores, ni restablecer *fábulas* que estuvieron en boga durante siglos. Honremos á los muertos á fin de ofrecer á los vivos consuelos, esperanzas y motivos de emulacion.

»Los *antiguos* poseian en alto grado el arte de hacer que concurrieran en sus instituciones públicas todas las sensaciones que pueden influir en el corazon del hombre. Sus fiestas fúnebres fueron unos de los grandes medios de perfeccionar la educacion pública, y dirigir todas las afecciones del pueblo hácia el amor á la gloria y el desprecio de la muerte, que es su inseparable compañero. Aquella pompa de la muerte, *los juegos, los combates, las luchas, las libaciones y los sacrificios* que reunia sobre la tumba de los muertos la multitud que reverenciaba su memoria, tenian tanto de augusto y tierno que, aun despues de treinta siglos trascurridos ya, *nos enternecen é inflaman* las relaciones que de ellos nos quedan. ¿Qué no será *cuando nosotros mismos seamos testigos de ellos* (1)?

»La idea de la muerte, *entre los antiguos*, no era una idea importuna, sino consoladora y benéfica, que les servia de *estímulo para la gloria, y de incentivo para el placer*. Los antiguos consideraban la muerte como un asilo tutelar y no como un escollo temible, por la razon de que *todos los dias aprendian á morir* y sabian vivir *virtuosos y libres* (2).

(1) ¿De quién es la culpa, si no hemos vuelto á ver los juegos, combates y sacrificios de que fueron acompañados los funerales de Anquises ó de Patroclo? Seguramente que no lo es de la Revolucion.

(2) Apresurémonos á hacernos Griegos y Romanos.

»*El desprecio de la muerte es en efecto la primera virtud de los republicanos*.

»Honrareis tambien la memoria eternamente ilustre de los fundadores de la libertad francesa, y de los que la hayan sellado con su sangre. Los jóvenes arderán en deseos de imitarlos algun dia; los ancianos derramarán lágrimas al pensar que no pueden esperarla ya, y todos se reunirán para *esparcir flores sobre los sepulcros* y celebrar sus hazañas. Los Atenienses, por lo tanto, cantaban en todas sus fiestas á Harmodio y á Aristógiton, cuya abnegacion y valor al herir á los dos Pisístratos prepararon la emancipacion de su país (1).»

Todas estas fiestas producirán, *como entre los Griegos y Romanos*, el deseo de la gloria. «Este deseo, que prepara para la virtud, que inspira esos sentimientos que en las *antiguas repúblicas* produjeron tantos prodigios, que hizo nacer todos *los grandes hombres cuya memoria escita nuestra admiracion y respeto*, es el que debe dominarnos. Ciceron amaba la gloria y salvó á su patria (2).»

El beneficio de dichas fiestas será dotar á la Francia de la ventura y virtudes de los Griegos y Romanos. Esto es mucho, pero no es bastante. Lequinio, colega de Boissy de Anglas, y como él autor de un programa motivado de la religion revolucionaria, esclama: «¡Qué risueño y vivo espectáculo ofrecerá la Francia en esa época, si dichas fiestas se practican cuidadosa y fielmente! Paréceme ver realizarse entonces sobre el territorio de la República la FELICIDAD DE LOS CAMPOS ELÍSEOS; paréceme ver á todas las naciones estranjeras, sobrecogidas de asombro, deponer de repente sus inveterados odios, apagar á porfía la tea de la guerra, acudir de todos los puntos del universo

(1) *Ensayo*, pág. 20.

(2) Ibid.

para admirarnos y acabar por regocijarse con nosotros, abrazar nuestras leyes y principios, adoptar nuestros usos y costumbres, llevarlas con entusiasmo á su país, y difundir por todas las partes del globo un océano de felicidad (1).»

Copiando hasta lo último á los Lacedemonios, Atenienses y Romanos, añaden nuestros dos fundadores de religion: «Vosotros quereis, ciudadanos representantes, que todas las ceremonias públicas *emanen de la autoridad del Gobierno solamente. Vosotros sois los únicos que debeis dirigir la moral de la religion civil que habeis de dar á la Francia.* Así pues, aniquilareis la supersticion, la *ignorancia* y las preocupaciones, y desterrareis del mundo para siempre el fanatismo, permitiendo tan solo que subsista en él la libertad (2).»

No dudamos que se nos perdonará que demos tan prolongados estractos, pues hay cosas que, para creerlas, es preciso que se lean en los documentos originales.

(1) *Fiestas nacionales*, por Lequinio, representante del pueblo: en 8.°, Imprenta Nacional.

(2) *Ensayo*, pág. 64.

CAPITULO X.

OBRAS RELIGIOSAS DE LA REVOLUCION.

El calendario.—El catecismo.—Vidas de los Santos.—El eucologio.—Pláticas doctrinales.

El paganismo, en cuanto á sistema religioso, se hallaba restaurado conforme al modelo clásico en su espíritu y en sus formas principales.

En su espíritu era la adoracion del hombre y de la materia; es decir, el naturalismo puro, tal como los antiguos lo profesaban. «Entre las fiestas del cristianismo, habia dicho Boissy de Anglas, nunca se ve la de las *cosas*, y sí siempre la de las personas. En las naciones antiguas, al contrario, los fenómenos de la naturaleza, los secretos de la agricultura y de las artes, los sagrados preceptos de las ciencias económicas y las grandes hazañas, se presentaban siempre á la imaginacion en medio de las mas brillantes ceremonias.... Tendrán, pues, sus ceremonias y sus fiestas los principales actos de la vida civil, así como los grandes fenómenos de la Naturaleza, las bellas épocas de nuestra historia, las *virtudes morales* y las labores ordinarias de la industria, de la agricultura y de las artes (1).»

(1) *Ensayo*, págs. 30, 34 y 40.